

Ateneo “Realidad y ficción del amor”

Panelistas:

Jorge Cermeño

Diana Sperling

Adela Costas Antola: El ateneo de hoy está organizado por el Centro de Estudios Psicoanalíticos de APdeBA, en el marco de un espacio que se ha dado en llamar “APdeBA abierta”, que se lleva a cabo una vez al mes. En nombre de todos los miembros de la comisión del CEPs, tengo el placer y el honor de dar la bienvenida a los invitados de hoy: Diana Sperling, filósofa, escritora, docente; Jorge Cermeño –que ya lo conocen en la casa– es psicoanalista y escritor.

Muchas gracias por estar hoy aquí con nosotros.

Como Coordinadora me permito una licencia. Quiero ofrecer este ateneo como una muestra de mi reconocimiento, de mi agradecimiento, a los que trabajan en la Comisión del CEPs: Virginia Armella, Adriana Agesta, Mariela Cubiló, Soledad Cano, Alicia Thompson, Juan Landín; y también a Ezequiel Achilli y Graciela Andrés, autores de esta instalación armada especialmente para este ateneo. Excelente muestra del compromiso, el entusiasmo y la creatividad de quienes integran el CEPs.

Qué mejor que el tema del amor para agasajarlos y agradecerles.

Consideré oportuno contarles a Jorge y a Diana cómo caímos en el amor. Fue el resultado del recorrido de los tres años y medio que venimos trabajando juntos. Tuvimos un nacimiento un tanto atípico, lo cual nos llevó a interrogarnos insistentemente sobre la cuestión institucional: qué función, qué lugar ocupa el CEPs dentro de la Institución y de cara a la comunidad; qué transmisión del psicoanálisis queríamos hacer desde el CEPs. Estas cuestiones fueron largamente

discutidas; de lo que decantó la realización de un ateneo y un posterior taller en el Simposio del 2011 sobre Transferencia Institucional.

Lo institucional nos llevó al tema de lo extraño, lo extranjero. Algunos miembros tuvieron la iniciativa de acercar textos que fuimos trabajando entre todos. Se armó así la pregunta sobre cómo se aloja lo extraño, que se plasmó finalmente en un taller “El sufrimiento de la hospitalidad”, dentro de la Jornada de Hospitales del año pasado.

En ese recorrido llegamos al tema del amor. Nos pareció oportuno insertar el tema en la propuesta de la Comisión Científica de este año de trabajar el concepto de realidad, y en un contexto más amplio, el del Congreso de FEPAL, “Ficciones y realidades”.

Vamos a escuchar en primer lugar a Jorge Cermeño. Jorge fue miembro fundador de Testimonios y formó parte de esa institución psicoanalítica hasta el 2011. Además de su práctica privada coordina diversos seminarios sobre psicoanálisis y supervisa material clínico en el área de psicopatología del Hospital Santojanni. Integra diversos grupos de discusión acerca de la teoría y la praxis psicoanalítica. Ha publicado textos sobre distintos temas del psicoanálisis en revistas y libros de la especialidad, y relatos y poemas en publicaciones literarias.

Jorge Cermeño: Buenos días a todos. Quería agradecerle a AP-deBA la nueva invitación que me hicieron –porque no es mi primera vez aquí–. Siempre que he estado en esta institución me he sentido muy cómodo y creo que esta vez va a ocurrir lo mismo. Y agradecerle a Adela especialmente que me ha hecho participar de este panel.

Yo diría que en el nombre del amor se dicen y se hacen las mejores y las peores cosas. El amor es un tema contradictorio, complejo, por momentos enigmático, difuso, a veces controversial; pero es motor, no cabe duda de que es motor.

Hay un párrafo de una canción de Joan Manuel Serrat que dice: “Me gusta todo de ti pero tú no, tú no, tú no”. Que a este señor le guste todo de ella –supongo que habla de una mujer– nos hace pensar en el objeto, me parece que le da dimensión especial al objeto y por lo tanto –creo yo– estamos en el campo del deseo, deseo-goce. Pero ese “pero tú no”, me parece que habla del ser.

Lacan ha dicho muchas cosas sobre el amor, aunque no es el tema príncipes en su obra, salvo cuando lo trabaja en relación a la transferencia, pero de todas maneras ha dicho muchas cosas, entre las cuales, que el amor no es un tema teorizable. Debe ser por eso que no hay una teoría –por decirlo de alguna manera– consistente en Lacan, así como sí podemos a lo mejor encontrarla en Freud, aunque muy mezclado con el tema del deseo.

¿Qué quiere decir esto? ¿Cómo leo yo esta cuestión de que el amor no es teorizable? Uno de los momentos más fuertes en que Lacan habla del amor es cuando habla de las tres pasiones del ser, en los comienzos de su obra, cuando dice, tomando cuestiones del budismo, que las tres grandes pasiones del ser son el amor, el odio y la ignorancia; casualmente las tres cuestiones que creo que a nosotros, como psicoanalistas, nos interesan muchísimo. El amor y el odio, por su eterna mezcla y separación, esta cuestión que tiene que ver con la decepción amorosa, que produce ciertos virajes al odio rápidamente. Y la ignorancia, la docta ignorancia como él llamó a la del analista, esa que padecemos todos respecto de nuestras propias cuestiones inconscientes, la ignorancia que es de estructura del sujeto.

Yendo al título, yo le comentaba a Adela hace unos días, que me parecía que allí faltaba algo, me refiero a la oposición "ficción y realidad" del amor, no porque un título tenga que decirlo todo –ni mucho menos– pero yo leía o me sonaba en eco que había una tercera pata para desplegar en relación al título: la verdad; el problema de la verdad creo que también juega, de una manera imaginaria muchas veces, para pensar si se trata de realidad o de ficción.

Casualmente respecto de la verdad (vuelvo a Lacan y creo que básicamente voy a trabajar algunas cosas que dice Lacan respecto del amor) la definición de Lacan sobre la verdad es que la verdad tiene estructura de ficción.

¿Qué quiere decir esto desde mi manera de ver? Primero, que no puede ser dicha toda, hay que decirlo a medias y no solamente porque uno intente ocultar determinadas cuestiones relacionadas con su verdad que a lo mejor no quiere expresar, sino porque, mucho más importante que esto, no puede decirse toda por una cuestión de es-

estructura, es el lenguaje el que tiene sus muros. Aparece entonces la ficción relacionada a la verdad, estructura de ficción.

¿Qué es una ficción? En realidad, la palabra ficción proviene del verbo fingir, es decir, rápidamente nos introduce en una cierta idea de intencionalidad que muchas veces genera –a mi gusto– la imposibilidad de pensar a la ficción como eficazmente operativa; este, creo, es un trabajo que se toma Lacan: sostener que la ficción no es puramente imaginaria, la ficción anuda lo simbólico y lo real. Cuando una ficción es eficaz, el caso de una fantasía que genera determinado síntoma, que genera angustia, que genera determinada estructura, cuando una ficción opera, uno puede pensar que esa ficción es ficticia (valga la redundancia) sólo en parte; pero la eficacia, lo operativo de esa ficción le da cierto status de realidad y fundamentalmente, de verdad.

Entonces podríamos pensar que esas son construcciones que los psicoanalistas tenemos todo el tiempo a la mano en el consultorio – las fantasías, los fantasmas– y operan como realidad psíquica. Esto viene de la vieja discusión que a Freud le hizo decir: ya no creo en mi neurótica, cuando se produjo el pasaje teórico de la teoría del trauma a la teoría de la fantasía; es decir que para pensar la realidad desde el psicoanálisis me parece que en principio tenemos que pensar que la realidad es psíquica, lo cual no anula ni impide que tengamos que hacer el esfuerzo de distinguir qué distintas modalidades de ficción –porque también lo es la realidad– serían la realidad y la ficción.

Por empezar –creo yo– la realidad requiere de la percepción de una experiencia, distinguiendo obviamente realidad de real. La realidad no es lo real, lo real no es la realidad. La realidad, la ficción y la verdad son construcciones subjetivas las tres. En el campo de las tres cuestiones tenemos la dimensión de la falta, las tres están atravesadas por la falta: no hay toda la verdad, no hay toda realidad y no hay toda ficción. El aparato psíquico funciona alrededor de la falta, se constituye precisamente porque hay falta.

Yo diría que una proposición, por ser ficticia, no necesariamente no es verdadera. Por lo tanto creo que verdad –que es el término que yo incluí– no es opuesto a ficción, y la realidad sería diferenciable en algunos elementos como los que cité recién. Podemos pensar desde

ese lado que la realidad necesita de cierta percepción o validación en la experiencia, pero la realidad –además para cobrar valor de tal, creo yo, no así la ficción– necesita de un pacto, de un consenso, necesita que consensuemos, que establezcamos un pacto de reciprocidad respecto de la realidad para ver si estamos hablando de lo mismo, lo que en el lenguaje vulgar y habitual uno podría llamar construir un código compartido.

Fuera de esta cuestión hay tantas realidades como seres humanos en la Tierra.

Ficción –decíamos al comienzo– viene del verbo fingir, engañar, decir una cosa por otra, transformar algo en otra cosa, en otra sustancia; con intencionalidad en ciertos casos, porque el verbo fingir incluye cierto grado de intencionalidad, pero en realidad se trata de una mimesis, de una simulación, no tanto en términos de intencionalidad, aunque también la hay, se generan también ficciones para hacerle creer al otro lo que se quiere hacerle creer. Pero se trata más de una simulación relacionada con lo imposible –lo que decíamos al comienzo– esta imposibilidad de decir la verdad toda, simulación que haría las veces de un relato sobre aquello que es imposible ser dicho si no es de esa manera.

Amplíemos el término ficción a otras tantas cuestiones, no lo dejemos exclusivamente en el plano de la fantasía psíquica, pensémosla en términos de producción artística, lo que significa un texto, lo que significa un cuadro, lo que significa una escenificación, la música, etc...

Es decir, la ficción requiere de una lectura, requiere de una lectura subjetiva para poder desprender de esa ficción elementos que le den alguna significación que permita cierto desciframiento, por decirlo de alguna manera, cierta interpretación.

Entonces, lo subjetivo, la subjetividad, por esta vía, opera tanto en la verdad, como en la ficción, como en la realidad. En lo humano no podemos hablar de purismos, por eso decía que tanto realidad como ficción son construcciones; y esto de construcción no lo digo necesariamente en el sentido en que Freud lo planteaba, que era una especie de artificio del analista en un determinado momento del análisis para

colocar allí un texto que supuestamente el paciente no tenía o sobre el cual no podía disponer, sino en el sentido más clásico del término, algo que es producto –incluso– de cierto trabajo sublimatorio.

A la ficción, diferenciándola de la verdad, no se le exige la percepción que viene de la experiencia. A la ficción se le exige la congruencia interna, es decir una ficción, para operar, debe ser mínimamente verosímil. Y vero-símil nos hace volver otra vez al tema de la simulación, algo que es “parecido a” pero no es exactamente lo mismo, en relación con la verdad, algo que contenga similitud con la verdad. Esa similitud con la verdad nos vuelve a plantear una vez más que la verdad puede ser dicha a medias, porque si no, no haría falta construir verosimilitudes respecto de ella.

Con relación a la realidad, el sufijo de la palabra realidad –idad– me propone cierto movimiento hacia la realización de, hacer real algo, transformarlo en real, como quien dice, con la palabra “movilidad”, transformar algo en móvil, imprimirle movimiento, es un producto, una acción que se genera respecto de un determinado objeto o mecanismo. Quiere decir que la realidad, tal como la vengo planteando, podemos pensarla como fenomenológica. Después con Diana tal vez este punto se aclare mucho más, ella tiene muchos más elementos desde la filosofía para –quizás– rebatir esta cuestión que estoy diciendo.

A diferencia de lo real, la realidad necesita de un juicio de realidad. Alguien debe aseverar que eso que está allí, que eso que viene de ese lugar pertenece a la realidad y esto necesita de un consenso. Lo real, a diferencia de la realidad, es independiente de ese consenso, lo real opera dentro del anudamiento imaginario-simbólico-real, más allá de que el sujeto se percate de su existencia y más allá de que sea consensuado con el otro.

Ahora vamos a entrar un poco en el tema del amor, con estas cuestiones de la realidad y la ficción.

Como les decía, Lacan dice que el amor no es teorizable aludiendo a ese punto donde plantea las tres grandes pasiones del ser, porque precisamente en ese momento de su teoría le da status de pasión. La pasión es irracional –dice– y en tanto irracional no puede producirse teoría sobre ella.

Esto lo planteo para que lo discutamos, yo no estoy muy convencido de que sea así pero es un punto que me parece interesante y que me intriga lo suficiente.

Como en psicoanálisis ningún concepto –para mi gusto– puede ser articulado por sí mismo sin ninguna relación a otro u otros conceptos, yo fui tomando algunas zonas de la obra de Lacan donde él articula al amor con otras cosas.

La primera distinción que tenemos es que en la neurosis –yo diría en la estructura psíquica– están anudados el amor, el deseo y el goce. Anudados y desanudados, los momentos de amor absoluto, el amor en el sentido más pasional probablemente produce una supremacía del amor allí sobre los otros dos elementos y así sucesivamente; esto va modificándose en tanto anudamiento y desanudamiento, depende de las circunstancias y del movimiento que se genera en el aparato psíquico.

Una segunda trilogía que Lacan propone es amor-odio-ignorancia, las tres grandes pasiones del ser, y acá yo quiero hacer un señalamiento que me parece importante en su obra, porque él, en la intención de diferenciar –por ejemplo– cuestiones que tienen que ver con el deseo y con el amor, dice que el deseo apunta a un objeto que está en el otro; apunta al otro pero en tanto poseedor de un objeto, o al otro como objeto. Por contraste, el amor –dice él– como pasión del ser busca en el otro su ser, le interesa todo su ser, incluso llega a hablar de la persona.

La persona –sabemos– es una palabra que viene de la filosofía pero también del derecho, hay una definición muy precisa en términos jurídicos de lo que es una persona; pero Lacan dice pasión del ser respecto del ser del otro, el amor buscaría el ser del otro, no un objeto en el otro.

Yo pensaba: Melanie Klein, posición esquizoparanoide-posición depresiva; posición esquizoparanoide, objeto parcial, el pecho bueno, el pecho malo, la disociación respecto del objeto; posición depresiva, el otro como totalidad.

¿Tendrá que ver con el amor leído desde acá?, ¿Tendrá el amor algo que ver con algo depresivo?, ¿en todo caso qué del amor genera depresión? La decepción amorosa, aquello que supuestamente fun-

ciona como ilusión, recubrimiento en el otro, de que el otro coincide con eso que creo que es y la caída de esa percepción o de esa ilusión. Decepción-depresión-odio... las salidas pueden ser variadas.

Por supuesto sabemos que ya Freud, y Lacan lo retoma, relacionó el amor con la transferencia, por lo tanto yo decía al comienzo que el amor es motor, se han escrito millones de hojas respecto del amor, pero el amor genera discurso, genera mucho discurso; y si genera discurso el amor hace lazo social.

La relación del amor a la transferencia, que ya estaba en Freud, en Lacan tiene una vuelta de tuerca que me parece interesante porque él dice: se ingresa al análisis, se fundan las condiciones del análisis gracias al amor. Si se produce la transferencia, ese amor por la persona del analista –después vamos a ver qué cosa de la persona del analista– habrá posibilidad de análisis y si no, no. Es decir que es condición del análisis, no sólo motor, también es condición.

El amor por esa vía permite el ingreso al análisis en la búsqueda de un saber, es decir que también hay una relación del amor al saber, es por amor a ese saber supuesto en el otro, en la persona del analista, que genera transferencia con él. Ahora, eso mismo es lo que genera el motor de mi discurso en análisis y en tanto analizante.

Por otro lado podemos pensar que la estructura psíquica siempre contempla la dimensión de la falta, la condición necesaria para que exista una estructura psíquica es la falta y la castración. Otra manera de decirlo –un poco más sofisticada y enigmática que tiene Lacan respecto de esto– es: no hay relación sexual. Alrededor del no hay relación sexual hay para mi gusto varias lecturas, una es no hay complementariedad entre los sexos, no hay complementariedad de un partenaire con el otro, no buscan lo mismo; pero también es el hecho de que cada uno en el acto sexual y en la fantasía sexual se relaciona con un objeto que tuvo que haber construido de modo singular y que funciona como objeto de su fantasma. Es decir el encuentro sexual se produce no a través de la misma vía imaginario-simbólica que podría producir lo fantasmático, sino a través de dos fantasmas que de antemano juegan per se de manera singular. Escuchamos habitualmente las grandes problemáticas del obsesivo que no disfruta si no hace dis-

frutar a su pareja, la problemática de la histérica con referencia a la insatisfacción, pero siempre hay tensión entre esta cuestión de qué es lo que se encuentra en el encuentro, qué se reúne en el encuentro sexual.

No hay relación sexual no significa que no hay relaciones sexuales, obviamente que las hay. Pero me parece una manera bastante clara y original que tiene Lacan para definir de qué se trata en la estructura psíquica.

El amor, a esta cuestión de la falta de relación sexual, muchas veces viene a hacerle de suplencia; recubre esa posibilidad de "no hay" haciendo surgir algo a la manera de un señuelo que genera cierto grado de cautivación y que produce las mejores y las peores situaciones.

Hay quienes han dicho que estar enamorado es estar loco y creo que es así en alguna medida. La locura de la que se trata allí –me parece– es que en el enamoramiento hay una deposición subjetiva tan grande a merced del amado que, si lo llevamos al extremo, produce la destrucción del sujeto.

Por otro lado ese estado de felicidad, sabemos que tiene un límite, que tiene un tope, que después se transforma en algún otro tipo de amor o termina o hace pasaje a otras pasiones. Y esto abre la puerta para pensar que no hay una sola forma de amor, hay que pensar distintas maneras del amor. Tal vez por esto el amor no es teorizable, como dice Lacan, porque no hay (no puede haber) una teoría única sobre el amor, como sí podríamos pensar tal vez más claramente en relación al problema del deseo. Me parece que en ese punto el problema del deseo es menos complejo, me refiero a la teorización del tema.

El amor tiene cierta vertiente de engaño, esta es su vertiente imaginaria más contundente. ¿Qué engaño genera o puede generar el amor? Que dos pueden ser uno, es decir que puede haber relación sexual.

Pero también es suplencia, porque eso que se genera como ilusión, en tanto ilusión, produce su decepción. Entonces en algún momento lo que es de la dimensión de la falta, de la suplencia de algo que en realidad es un agujero y que es de estructura, insistirá y hará que esa ilusión no funcione ni opere como tal.

Otra de las frases enigmáticas y para mi gusto interesantes (las frases interesantes son siempre algo enigmáticas) respecto del amor

que plantea Lacan, es que el amor hace condescender el goce al deseo. Efectivamente yo creo que los seres hablantes, entre otras cosas, pagamos un precio para ingresar en el lenguaje y poder hacernos sujetos de la palabra, que es el acotar el mítico y originario goce absoluto. A partir de que hablamos entramos en una dimensión diferente, que es la dimensión de la función significante, por lo tanto, entramos en el malentendido, en el equívoco, en el desencuentro, en el lapsus, en el chiste, en el síntoma, en todo lo que tenga que ver con las formaciones del inconsciente.

Una de las grandes distinciones que encontré en la obra de Lacan respecto del deseo y el amor, es que él dice que el amor es una cuestión de signos, el amor emite signos.

¿Qué es esto de los signos? Una de las diferencias fundamentales entre un signo y un significante –como lo venimos pensando desde el psicoanálisis– es que un significante representa al sujeto para otro significante, es decir que la línea de significación que se va produciendo en relación a la función significante es de significante a significante, no de significante a significado. Que el amor dé signos implica que, a los fines de la significación, el signo –al revés del significante o distinto del significante– no apela sólo a la relación con otro significante; sí la establece pero –digo– la manera de producir significación que tiene el signo es que algo represente algo para alguien, es decir el signo está allí indicándome que del otro lado hay algo que representa para mí algo. Tiene más que ver con una relación significante-significado, una relación vertical. Y con una relación al referente.

Esto se lo atribuye Lacan al amor. Es fuerte –¿no?– a mí por lo menos me sorprende.

Hay un momento de la obra de Lacan donde él quiere desprender el tema del amor de la cuestión imaginaria, porque Lacan básicamente con lo imaginario va haciendo un rastillaje bastante importante, porque lo plantea como engañoso, como cautivante, como capturante; es así si tomamos en cuenta sólo una de las dimensiones del amor. Cuando empieza a pensarlo más en relación a lo simbólico para poder quitarlo del campo de lo imaginario exclusivamente, Lacan habla de don.

El don es un elemento simbólico y dice que es simbólico en tanto

y en cuanto la definición que produce allí del amor es: el amor es dar lo que no se tiene.

Es fácil, si uno está económicamente bien y puede comprar un objeto valioso, regalarle algo así a la persona amada... eso es dar lo que se tiene.

Dar la Luna, como la quieren dar los poetas muchas veces, plantea algo del orden de lo imposible, es dar lo que no se tiene. Los extremos del amor parecieran indicar el punto donde el amor es más genuino, más genuino en términos de –volviendo al título– ficción, realidad, o verdad como yo agregué; menos ficticio en el sentido imaginario del término.

Yo pensaba también que con esta relación al ser del otro, el grado máximo del amor, a pesar de que siempre tendemos a pensarlo obviamente con ciertos elementos narcisistas, el grado máximo del amor es cuando el otro es reconocido como radicalmente diferente, es decir, la máxima posibilidad del amor, el amor no como pasión sino como acto genuino, como genuina producción subjetiva, me parece que tiene que ver con la máxima diferencia del otro, la aceptación de la máxima diferencia del otro. Esto genera una paradoja interesante, porque si el otro es radicalmente distinto a mí, lo que se pierde ahí es la posibilidad de la captura del amor en el terreno del narcisismo.

Para terminar, dos cositas. Una en relación a Freud y a propósito del narcisismo, sabemos que cuando él toma en *Introducción del narcisismo* la cuestión de la elección de objeto nos habla de dos tipos de amor: la modalidad narcisista y la modalidad anaclítica, es decir, por apoyatura en el objeto y por dependencia del objeto o por identificación de rasgos del objeto y del sujeto. Me parece que las dos –a esta altura del partido– podríamos pensarlas como una incluida en la otra, porque en la dependencia del objeto de la que se habla en la posición anaclítica, termina siendo distinguido ese objeto en base a rasgos narcisistas. Entonces volver a esos textos de Freud desde una lectura donde tenemos otro concepto del narcisismo actualmente y otro concepto de lo que es la relación de objeto, me parece interesante.

Y quisiera cerrar con una frase que también me resulta enigmática y por lo tanto interesante, que dice Lacan en *RSI*: un padre no tiene derecho al respeto, tiene derecho al amor.

¿Cómo leo esto?, un padre respetado al extremo impediría la salida deseante para el sujeto, el sujeto quedaría subsumido bajo la dominación paterna. El amor –no olvidemos– no sólo incluye la vertiente amorosa, también es hermano del odio y además permite la ignorancia, por ende, la dimensión de la falta...

Adela Costas Antola: Ahora vamos a escuchar a Diana Sperling, que es doctora en filosofía, Diana es docente en distintas instituciones nacionales y extranjeras y cuenta con una producción escrita enorme por eso no voy a citar más que los libros, que me gustaría nombrarlos a cada uno: *Filosofía de cámara*; *Del deseo: Tratado erótico político* (ensayo); *Genealogía del odio: Sobre el judaísmo en occidente* (ensayo); *Metafísica del espejo: Kant y el judaísmo*; *Señas particulares* (cuentos) y está en imprenta *Filosofía para armar*.

Diana Sperling: Muchas gracias. Buenos días es una manera de decir, pero es un hermoso clima para hablar de amor. Mi computadora es sabia, yo creo que mi computadora es mi inconsciente porque cuando empecé a escribir y a juntar algunas notas y algunos apuntes para la actividad de hoy, ella cometió un lapsus: escribí “Fricción y realidad del amor” y lo dejé, me pareció muy sugerente y pensé que el amor tiene mucho que ver con esto, por lo menos casi todos los tipos de amor –porque decimos “amor” y creemos que sabemos lo que estamos diciendo–, pero empecemos a desglosar. Una cosa es, efectivamente, el amor erótico; otra cosa es el amor padre-hijo; el amor de transferencia; el *ágape* y todas las tipificaciones del amor en las distintas tradiciones.

Recordemos que el amor viene acompañándonos como significativo quizás desde el comienzo de la cultura, por lo menos de la cultura occidental tal como nosotros la conocemos y en la cual nos inscribimos; del amor se habla desde los textos bíblicos, los textos trágicos, filosóficos y demás desde hace más de tres mil años. Entonces sería verdaderamente imposible pasar revista o dar cuenta de toda esa enorme gama, de ese gigantesco abanico de múltiples significaciones y connotaciones que tiene la cuestión.

Voy simplemente a hacer un pequeño recorte y a lo mejor yo misma me voy desviando para otros lados, porque como decía muy bien Jorge, no sólo no puede haber una teoría del amor sino que –como dice Roland Barthes, a quien voy a volver y lo voy a traer hoy para conversar con él– el amor no es objeto de una *catalepsis*, de una captura, de una clausura; no es algo que se pueda encerrar en un concepto, es como el mercurio: cada vez que intentamos aprehenderlo se nos escapa por todos lados. Ese carácter mercurial del amor es precisamente lo que lo hace tan atractivo, tan fascinante, tan perenne, tan permanente y tan causativo. Si lo pudiéramos agarrar, en el sentido literal del término agarrar, dejaría de ser lo que es. Así que me rindo a este carácter huidizo y fascinante del amor para ver de qué manera lo podemos bordear, cernir, dejarnos guiar por algunas de las palabras o de los discursos amorosos –como dice Barthes– que han sido desde el principio de los tiempos, a ver qué nos puede decir y qué podemos nosotros escuchar hoy –en esta hermosa mañana de lluvia– al respecto.

Adela cuando presentó la actividad dijo: “hemos caído en el amor”, me gustó mucho la expresión, la tomé literalmente y sí, uno cae en el amor; no se sube al amor sino que en un momento, casi inadvertidamente, uno se encuentra atrapado en esas redes sin saber muy bien qué hacer, sin saber muy bien quién es uno, dónde está y por supuesto cree que sabe quién es el otro, pero eso es lo que menos se sabe de todo.

De ahí la cuestión de la ficción y de esta aparente oposición entre ficción y realidad; yo no lo leo como una oposición sino como una relación extraña, paradójica, que todavía no sabemos de qué se trata y no creo que podamos definirlo ni hoy ni en muchas mañanas como esta; pero sí dejar picando que ese *y* –de ficción y realidad– es un *y* que es más bien un signo de pregunta.

Julia Kristeva en su maravilloso texto *Historias de amor*, empieza diciendo: “El lenguaje amoroso es un vuelo de metáforas, es literatura”. Esto me sirve por varias cuestiones: caídos en el amor es caídos en el lenguaje; el amor –igual que como para Deleuze el asesinato y el incesto–, él dice que el asesinato y el incesto son crímenes de la especie hablante, los animales ni asesinan ni tienen relaciones incestuosas;

yo creo que el amor también es un crimen de la especie hablante en el sentido de que sólo se puede experimentar toda esta variabilidad de emociones, sensaciones, afecciones, desde el lenguaje; el amor no es sin el lenguaje, no es solamente una cuestión orgánica sino que ahí en el amor es donde el cuerpo está fuertemente tocado por el lenguaje y se hace cuerpo *en* el amor precisamente por obra y gracia del lenguaje.

Y si es literatura qué mejor que leer alguna página de una maravillosa escritora –Clarice Lispector– que es una escritora brasileña absolutamente asombrosa y sorprendente, de la cual elegí casi al azar, porque casi cualquier página de Lispector habla de amor o nosotros podemos escuchar ahí algo del amor; es una novela que se llama *Un aprendizaje o El libro de los placeres*, tanto en el aprendizaje como en los placeres el amor está resonando fuertemente. Se trata de un encuentro entre un muchacho y una chica, no importan ahora los avatares anecdóticos, simplemente les quiero leer una paginita para que ustedes perciban algo del amor que está circulando con muchas connotaciones acá. Dice:

...y cuando todo empezó a resultar increíble cayó la noche. Lori por primera vez en su vida sintió una fuerza que más bien parecía una amenaza contra lo que había sido hasta entonces. Dijo desde el fondo de su alma: “Un día será el mundo con su soberbia impersonalidad versus mi extrema individualidad de persona, pero seremos uno solo”. Miró a Ulises con la humildad que sentía de repente y vio con sorpresa la sorpresa de él. Sólo entonces se sorprendió de sí misma. Se miraron en silencio, ella parecía pedir socorro contra lo que de algún modo involuntariamente había dicho y él con los ojos húmedos quiso que no huyese y dijo: “Repetí lo que dijiste Lori”.

–Ya no sé.

–Pero yo sé, voy a saber siempre. Literalmente dijiste: “Un día será el mundo con su soberbia impersonalidad versus mi extrema individualidad de persona, pero seremos uno solo”.

–Sí –contesta ella–.

Lori estaba suavemente espantada. Entonces esto era la felicidad. Primero se sintió vacía, después sus ojos se humedecieron, era felici-

dad, pero qué mortal soy, cómo me trasciende el amor por el mundo, el amor por la vida mortal la asesinaba dulcemente de a poco. ¿Y qué hago?, ¿qué hago con la felicidad?, ¿qué hago con esta paz extraña y aguda que ya está comenzando a dolerme como una angustia, como un gran silencio de espacios?, ¿a quién le doy mi felicidad, que ya está empezando a herirme un poco y me asusta?

No, no quiero ser feliz, prefiero la mediocridad, millones de personas no tienen el valor de por lo menos extenderse un poco más en esta cosa desconocida que es sentirse feliz y prefieren la mediocridad.

Se despidió de Ulises casi corriendo. Él era el peligro.

Antes que nada tengo que decir que le agradezco a mi hija Virginia, que es una extraordinaria escritora y lectora, que me haya sugerido el libro de Lispector, me dijo: seguro que acá vas a encontrar lo que necesites para la ocasión. Indudablemente así fue y me resultó difícil escoger una página entre tantas maravillosas.

Yo soy filósofa, ya en la palabra filo-sofía está el amor, el amor a la sabiduría supuestamente. No supe nunca muy bien qué significa este amor a la sabiduría, suena un poco abstracto. Adela me comentó que venían trabajando con el texto de *El banquete* en alguno de sus grupos de lectura, *El banquete* es en efecto un texto maravilloso que parece hablar del amor, pero también hablando del amor a la sabiduría; ahí es donde se funda una cierta concepción de la filosofía.

Pero *El Banquete* tiene una especie de lado oscuro, de contrapartida o de contra-diálogo que es el *Fedro*; el *Fedro* a mi modo de ver es un diálogo quizás más rico, más interesante que *El Banquete* porque está signado por la contradicción. En el *Fedro* el personaje, que es ese chico Fedro que también participa en *El Banquete*, en ese simposio o en esa reunión de muchachos, mancebos y sabios, de alumnos y maestros para hablar del Eros, por lo menos en la obra de Platón hasta ese momento no hay demasiada diferencia entre amor y deseo, se reúne todo bajo el nombre de Eros; la cosa es que en el *Fedro* efectivamente ese chico Fedro va caminando, se encuentra con Sócrates y hacen una de sus largas caminatas, muy eróticas por cierto, al borde de un río, etc. Este chico lleva escondido entre sus ropas un pergami-

no que es el discurso de su maestro Lisias, que es un sofista que ha escrito un discurso sobre el amor, parte de este discurso amoroso que después Barthes va a tomar como un hilo fundamental del desarrollo de su pensamiento.

Sócrates le pregunta: ¿qué llevas ahí? Y Fedro le dice: es un discurso de Lisias sobre el amor. Entonces Sócrates le empieza a preguntar: ¿cómo se puede escribir un discurso sobre el amor?, como si fuera un tema teórico como la libertad, o la verdad, o el bien, o la justicia; el amor es otra cosa...

Está primero el discurso de Lisias y luego un discurso de Sócrates donde aparentemente acuerda con lo que Lisias dice, estas definiciones teóricas sobre el amor; pero luego Sócrates tiene como un momento de *insight*, de revelación, algo de la verdad le hace un click y dice: no, no, no, en realidad no estoy nada de acuerdo... da marcha atrás y empieza a deconstruir el discurso previo donde supuestamente estaba de acuerdo con Lisias.

No importan ahora los contenidos –pueden leer el *Fedro* y seguramente muchos de ustedes lo han leído– lo que me interesa ubicar aquí en relación al desarrollo que hace Roland Barthes en *El discurso amoroso*, es que este segundo momento del discurso socrático, esta palinodia –la palabra palinodia viene de *palin* que quiere decir para atrás y *odos* que es camino, *método* viene de ahí– esta palinodia es el momento de la deconstrucción de la catalepsis, es decir del desarme de esa supuesta teoría que daba cuenta del amor en todas sus determinaciones, con sus ventajas, con sus problemas, con sus virtudes y sus defectos; esta captación teórica que intenta Lisias queda desarmada, desarticulada y puesta a rodar –diría yo– por la palinodia socrática.

Este segundo momento de deconstrucción de la catalepsis se llama –es muy parecido, hay mucha gente que se confunde y escribe lo mismo– *cataleipsis*. ¿Por qué digo el término técnico?, porque lo que me gusta es que se parecen tanto que a veces se confunden. Esto afecta directamente al amor, digo: la construcción y la deconstrucción, la ficción y la realidad, la fantasía y la verdad son hilos de una misma trama. La cataleipsis en griego quiere decir lo que va quedando atrás, como un rastro, una huella... eso que no se termina de recoger en un discurso coherente sino que son restos, restos que no cierran, que no

se pueden incluir en un discurso conclusivo y coherente.

Personalmente creo que esta deconstrucción, esta catalepsis es lo más cercano a la posibilidad de hablar del amor, dado que el amor es siempre una cuestión de restos, de aquello que se nos escapa y que tratamos desesperadamente de aprehender y de meter en un todo como si fuera esta fantasía o esta ficción de la que hablaba Jorge y que nos propone el título, pero no deja de ser una construcción de lenguaje.

Barthes dice también en su *Lección inaugural* que lo real es irrepresentable, a pesar de lo cual los hombres nunca han dejado de intentar completar esta representación y –dice Barthes– gracias a este intento siempre frustrado pero siempre insistente, gracias a esto existe la historia de la literatura.

Me parece bellissimo esto y, si seguimos la idea Kristeva, de Barthes y demás acerca de que el amor es literatura o tiene su lugar de expresión, de realización en el terreno de la metáfora y de la literatura, creo que da cuenta de esto.

Para ir cerrando un poquito quisiera hacer una mención muy breve desde la filosofía de los términos real y realidad, que son términos que tienen en Kant formulaciones muy precisas; Kant es uno de los filósofos que quizás ha dado más precisión sobre esto. Kant habla de lo real como de aquello que es incognoscible, dice que lo real es incognoscible no porque nos falten instrumentos o perfeccionar los microscopios, sino porque lo real no es ni temporal, ni espacial, ni categorial; por lo tanto lo que nosotros podemos conocer – en tanto somos o tenemos entendimientos racionales finitos– se enmarca en tiempo, espacio y categorías; lo que no es temporal, espacial, ni categorial no es cognoscible pero es objeto de otras cosas. Es decir: con eso se puede hacer, no se puede conocer pero sí se pueden hacer diversas cosas –no importa ahora qué–: concretamente la ética, el discurso de la razón práctica tiene que ver con eso que no se conoce pero sin embargo se hace. Kant diría: la razón pura especulativa, es decir la de la ciencia, conoce su objeto; la razón práctica construye, fabrica su objeto.

El conocimiento conoce su objeto pero ya no es eso que era, ya no es lo real. Esa construcción es un producto, es un artificio... me gustaría sumar la palabra artificio a la palabra ficción porque tiene el arte y tiene el hacer del *fingere* que está vinculado con el *facere*, con

el hacer, con el fabricar; el artificio –que no es nada malo, es lo único que tenemos– es lo fenoménico, esto es a lo que se refería Jorge antes, lo que nosotros conocemos son los fenómenos, esa construcción donde lo que viene a nosotros en forma caótica, desordenada, amorfa y demás es categorizado, es decir, se incluye en una grilla para que lo podamos conocer y podamos hacer algo con eso, este acto de síntesis que realiza el entendimiento humano, ese conjunto construido de esa manera artificial –en el buen sentido– eso para Kant se llama realidad.

Esta me parece como una precisión técnica de los términos que sirve para trabajar.

Quiere decir que, a mi modo de ver y siguiendo un poco las sugerencias de Barthes, Kristeva, Lispector y tantos otros, Proust, etc., etc., Platón incluso, el didactismo que afecta al *El Banquete* y que hace que Barthes no lo tome como fuente para sus propias especulaciones sobre el discurso amoroso; digo, esta distinción, esta heterogeneidad absoluta entre real y realidad me parece que marca muy bien el carácter de lo amoroso.

Nos movemos en la realidad pero no dejamos de aspirar a una trascendencia hacia lo real, no dejamos de sentirnos por momentos tocados casi místicamente por algo de un real que nunca será aprehensible porque no es propio de la razón humana –como dice Kant– acceder a esto, pero sin embargo el amor en sus momentos más extremos, en sus momentos más sublimes nos permite sentirnos en algún tipo de conexión con ese real que quizás es absolutamente inexpresable, pero que es aquello que causa todo decir.

Para terminar quisiera simplemente leer, ya que elegí la literatura como el modo privilegiado del decir amoroso, dos breves fragmentos.

Mi Lu
mi lubidulia
mi golocidalove
mi lu tan luz tan tu que me enlucilabisma
y descentratelura
y venusafrodea
y me nirvana el suyo la crucis los desalmes

con sus melimeleos
sus eropsiquisedas sus decúbitos lianas y dermiferios limbos y
gormullos
mi Lu
mi luar
mi mito
demonoave dea rosa
mi pez hada
mi luvisita nimia

etc., etc., etc.

Es un poema de amor de Oliverio Girondo que se llama *Mi Lumía*, es absolutamente maravilloso, no dice nada pero dice tanto... es genial, es verdaderamente la quintaesencia, la expresión más acabada del discurso del amor que no se construye con palabras en tanto conceptos, sino con música.

Y quiero terminar con un aforismo muy breve de Nietzsche en *La ciencia jovial*, es el aforismo número 67 y dice así:

Ella lo ama ahora y desde entonces mira con una confianza tan plácida hacia lo que está delante suyo, tal como una vaca.

Pero ay, precisamente su encanto consistía en que parecía completamente cambiante e inaprehensible, y justamente él tenía en sí mismo un tiempo demasiado constante ya.

¿No le haría bien a ella fingir su viejo carácter, fingir desamor?

¿No lo aconseja así el amor?

Viva la comedia.

Muchas gracias... (*aplausos*)...

Adela Costas Antola: Luego de estas dos excelentes exposiciones abrimos el diálogo entre todos. No sé cuánto se podrá empezar a decir respecto de todo esto, qué cosas pudo pensar cada uno... Cualquiera que quiera tomar la palabra ahora...

Público: Me parece que han sido dos relatos muy, muy ricos y que nos estimulan a pensar y a contrastar conceptos, ideas que ambos han planteado.

Seguir el texto de ambos es conceptualmente muy fuerte, pero tomo algunos de los elementos que han planteado para poder intercambiar ideas.

Algo que dijo Diana, caer en amor está muy bien descrito en inglés: *fall in love* es exactamente la expresión. Pero vos decías que caídos en el amor es caídos en el lenguaje, y no sé la relación entre lenguaje y amor por lo siguiente, yo me remito al psicoanálisis, no a la filosofía –que obviamente no conozco– y simplemente parto de Freud; Freud plantea que el Preconsciente, que es el lugar tópico donde se ubica el lenguaje, tiene que construirse. Entonces dónde quedarían ubicadas todas aquellas primeras expresiones –podemos llamar visto desde afuera del amor– en la relación madre-bebé con una situación temprana como el sostén, el afecto, la calidez, el holding... una cantidad de cosas que son expresiones manifiestamente –vistas desde afuera– del amor entre la mamá y el bebé. Por eso Melanie Klein describió todo un primer período que ella llama *Memories in Feelings*, toda una serie de registros que son sensoriales, previos a la instalación de la palabra y por lo tanto no van a poder aparecer expresados a través del lenguaje sino que van a aparecer a través de expresiones somáticas, corporales, emocionales, etc.

Tomo esto como uno de los planteos, incluso también en lo que traías vos cuando comenzaste planteando el amor como motor, me parece que las tres pasiones del ser tienen cierta coincidencia con variaciones a otro autor –a Bion– que habla de amor, odio y conocimiento, no ignorancia. Pero Bion le da a esto un carácter pulsional, como el impulso que va a desarrollar al sujeto en su contacto con el mundo exterior.

Y la otra cuestión que quería preguntarles es sobre la idea de la ficción, porque me parece que todo el tiempo oscilaban entre realidad material y realidad psíquica. Nosotros como analistas tendemos a ocuparnos de la realidad psíquica, por eso vos habías dicho que nos

movemos en la realidad y creo que entonces habría que diferenciar entre la realidad y lo real, porque ante la imposibilidad de decir todo surge la ficción –que vos decís– y me parece que podríamos pensar la relación entre ficción y simbolización. El inconsciente no puede expresar todo y trata de expresarse y se expresa a través de lo más evolutivamente normal que sería a través de la formación de símbolos, la simbolización. Entonces habría una relación o qué relación habría entre ficción y simbolización o producción de símbolos.

Público: Primero muchas gracias, me encantó la exposición y quería hacer –en realidad es una pregunta– pero quería hacer una relación, porque encontré varios puntos de encuentro pero Diana –al principio– aclaraba que decimos lo mismo y no sabemos de qué estamos hablando –digo si para mí es un punto de encuentro o no– que es esto de Barthes de lo real es irrepresentable, lo de Kant en relación a lo real es incognoscible y Lacan que dice que lo real es imposible. Digo si irrepresentable e incognoscible, acá serían sinónimo de imposible. Es una pregunta.

Por otro lado me gustó mucho el aforismo que trajo Diana de Nietzsche porque me recordó la frase que dijo Jorge de Lacan sobre la relación sexual no existe, y lo que me llama la atención de eso es que Lacan hace una diferencia entre el hombre y la mujer y dice: "Para la mujer el afecto y el amor convierten a una rana en un hermoso joven y el hombre convierte a la mujer en un objeto parcial, causa de deseo". Me llama la atención que Lacan diga "el afecto y el amor convierten", o sea la mujer convierte el afecto y el amor, el hombre convierte el afecto y el amor... como algo que ya está. Creo que quizás es no teorizable, el único lugar desde donde lo puedo entender es desde ahí, es como que algo se convierte en algo pero está.

Y por otro lado una pregunta que me gustaría hacer a los dos, porque tiene que ver justamente con esta cuestión de dos; porque uno se pone feliz haciendo feliz al objeto amado, sin embargo no creo que tolere muy bien que el objeto amado sea feliz con otra persona y si lo que yo deseo es la felicidad, ¿cómo la felicidad que yo deseo tiene límites?, si no, no amo a ese otro, a ese objeto amado.

Y también lo que expusieron me hizo pensar en la posición del analista, si la posición de escucha o la posición de mostrarse en falta, barrado, no es un acto de amor; en ese sentido todos los análisis son análisis... porque uno habla del amor de transferencia, del amor del paciente, pero qué pasa con nuestra disposición de escucha y nuestra disposición de mostrarse así, barrado, si eso no es un acto de amor.

Jorge Cermeño: Yo coincido con lo último que dijiste, me parece que nos ofrecemos como objeto de amor, nos ofrecemos –en tanto analistas– como objetos de amor. Ahora el tema es saber que eso tiene consecuencias, sin la producción del hecho transferencial del lado del analizante no hay análisis; que nosotros hagamos una oferta no quiere decir que la transferencia se produzca, esto por un lado. Por otro lado, lo que ofrecemos en realidad es una promesa, es una promesa que no entregamos finalmente porque precisamente ahí, el lugar del analista es causa o va a ocupar un lugar de causa de discurso en tanto y en cuanto eso que dé es lo que nunca va a dar. Es la gran paradoja del amor –creo yo– del amor de transferencia, obturar ahí con un objeto, es decir ofrecerse verdaderamente a ocupar ese lugar que el analizante está construyendo en relación al saber, sería afirmar que el analista tiene ese saber supuestamente sabido. Pero eso sabemos que sería una catástrofe para el análisis.

Diana Sperling: Un par de comentarios con respecto a lo que vos decías del lenguaje, del amor, lo sensorial y demás. Todos sabemos lo que es el síndrome de hospitalismo, no alcanza con un sensorial crudo, lo sensorial en la especie humana está ya necesariamente atravesado por el lenguaje en tanto no hay cuerpo sin palabra. Me parece que hay que revisar un poco, en algún punto la filosofía nos hizo daño –“y sin embargo te quiero”, como el tango– porque tenemos a las espaldas muchos siglos de dualismo, el dualismo nos mal acostumbró a oponer cuerpo y palabra, cuerpo y espíritu, lo sensorial y lo racional... todo ese *bullshit* que compramos alegremente porque en algún momento, cuando Platón lo inventó, era funcional a un proyecto político, lo digo así con todas las letras, era necesario eso para fundar la filosofía. Pero

la filosofía nace negando el cuerpo, sacrificando el cuerpo. Esta es una deuda que la filosofía arrastra a lo largo de los siglos y que recién en algunos tiempos más cercanos, más contemporáneos comienza a revisarse y a revertirse, en gran parte gracias al psicoanálisis. Yo personalmente creo que la filosofía queda agujereada, queda horadada muy particularmente a mediados del siglo XX en Europa a raíz de la Primera y la Segunda Guerra donde la filosofía con todo su ideal iluminista se va al tacho olímpica y estrepitosamente. Entonces esa deconstrucción, que ya venía postulando Nietzsche con su idea de filosofar con el martillo, finalmente empieza a tener lugar, a tener un lugar por lo menos, no digo todo pero un lugar; porque el discurso dualista sigue todavía muy vigente.

Me parece que en ese momento se da entrada a otra posibilidad de pensar lo humano –para decirlo un poco grandilocuentemente– con los aportes del psicoanálisis, entre otras cosas, y el psicoanálisis a su vez arrastrando o trayendo la refrescante nueva de que el ser humano no es una división en dos sustancias; esto viene de Spinoza, siglo XVII ya dice que hay una sola sustancia, etc., etc. Y esto tanto a Spinoza como a Freud les viene de las fuentes judías, no de las fuentes griegas.

Entonces hay un momento en el pensar de Occidente donde algo de esto empieza a resonar y empieza a tener cierta cabida, gracias –lamentablemente– a la debacle de la filosofía occidental a raíz de las guerras, etc., etc., del fin del ideal iluminista.

Digo, me parece que pensado en ese horizonte la relación entre palabra y cuerpo, por decirlo de algún modo, es otra. Entonces ninguna madre sostiene en sus brazos, ninguna madre acaricia, amamanta, limpia la cola y cambia los pañales a su bebé sin hablarle. Ningún bebé está en la panza sin ser hablado; desde el nombre que se piensa desde mucho antes de llegar a la clínica, hasta toda la circulación de palabras alrededor de esa criatura cuyo nacimiento se espera.

Concretamente yo diría que el bebé es llamado, llamado porque se le pone un nombre pero llamado, convocado a la existencia. Y esto es un acto de lenguaje.

Jorge Cermeño: Y de amor.

Diana Sperling: Y de amor. Por eso digo que el amor está en el lenguaje, se vehiculiza... una enfermera que limpia el culo del bebé, le cambia el pañal y no le dice una palabra, ese bebé se muere; eso no es amor, eso es cuidados higiénicos.

Yo siempre pongo el ejemplo, cuento esto en mis grupos no sólo de Torá sino de filosofía y demás, que uno de los personajes que convoca la máxima atención de Freud, que es Moisés, este personaje escindido, dividido, siempre en la encrucijada, siempre tironeado, es criado como egipcio porque es adoptado por la hija del faraón para salvarlo de la muerte y por lo tanto crece con todos los atributos de un bebé egipcio, juega con los bloquitos, el lego de las Pirámides... ¿Pero qué pasa?, hay que amamantarlo y como no ha sido parido por la hija del faraón, contratan a una ama de leche como se hacía en esa época; el ama de leche es la madre, la madre que lo parió literalmente. ¿Qué hace una madre cuando amamanta?, ¿qué hacemos cuando damos la teta?, cantamos, hablamos... Ese chico es amamantado en hebreo, esto es lo que va a permitir una determinada subjetivación, la construcción de Moisés como sujeto tiene que ver con esta escisión, con este tironeo, pero tiene que ver con este amor que después él vehiculiza como líder de una liberación. Ahí hay otro amor, que es el amor del pacto, el *Brit*, es muy interesante porque lo que se usa en hebreo para la circuncisión es el término *Brit-Milá*, que quiere decir literalmente pacto de circuncisión –y acá está Silvina que no me deja mentir, cualquier barbaridad que diga ella inmediatamente me corrige– *Brit-Milá* quiere decir pacto de circuncisión, pero *Milá* homofónicamente también es palabra, se escriben distinto y entonces mucha gente dice: pacto de palabra, es un error pero no es un error, o sea la homofonía nos sirve porque el pacto de circuncisión, que es el pacto para las generaciones venideras, es un pacto de amor entre Dios y Abraham –digamos– para gestar un pueblo, un futuro, es una promesa que tiene como carácter inherente el no cumplirse –esto que hablaba Jorge con respecto a la promesa del analista–, esta promesa es una promesa amorosa en función de un pacto, es decir que compro-

mete a las dos partes. Este pacto... en hebreo se dice *lijrot ha-b'rith*, "cortar un pacto", igual que en inglés *-cut a deal-* este pacto corta -corta porque no hay todo, porque no se puede hacer un pacto con el todo, el pacto descompleta y compromete- este pacto es un pacto de palabra porque la promesa no se sostiene sino en el campo del lenguaje, es pura palabra igual que la transferencia, y eso no implica que el cuerpo no esté fuertemente implicado, igual que está implicado en el *Brit-Milá*, pero es un cuerpo investido por la palabra.

Una breve nota acerca de lo irrepresentable, incognoscible, imposible. Yo creo que son términos emparentados, en lo que creo que hay que tener cuidado en general cuando uno toma distintos pensadores que hablan de cosas parecidas... una vez yo escuché a un célebre filósofo argentino decir que el noúmeno kantiano es el objeto *a* de Lacan... ¡horror!, el noúmeno kantiano es el noúmeno kantiano y el objeto *a* es el objeto *a*, puede haber parentescos y una cosa puede llevar a pensar la otra y puede servir como herramienta de lectura y de interpretación, pero hay que ser muy cuidadoso en el cernir el campo de cada uno de los pensadores, porque -como muy bien dijo Jorge y yo acuerdo totalmente- dentro de un corpus de pensamiento, por llamarlo de algún modo: sistema, corpus, red o lo que fuere, cada pensador ubica sus términos, sus conceptos y sus nociones en relación con ese corpus...

Jorge Cermeño: Genera su propia ficción.

Diana Sperling: Por supuesto.

Jorge Cermeño: Y la teoría también es una ficción.

Diana Sperling: Claro.

Jorge Cermeño: Lo que pasa es que se le pide lo mismo que se le pide a cualquier ficción, que sea congruente con el sistema que sostiene.

Con relación a lo imposible que decías yo también quiero acotar

algo, a mí me parece que sí, que es válido hacer esa línea que hiciste recién por lo menos en este contexto en el que estamos hablando. Pero también quisiera recordar que lo real está definido como lo imposible, pero también como aquello que siempre vuelve al mismo lugar. Esto me parece que es importante porque nos habla de otro término fundamental en psicoanálisis que es el de repetición y toda la problemática de la repetición, en relación a qué de la repetición es creativo, es generador de nuevos significantes y de nuevas ficciones y qué de la repetición es mortífero, automatón puro digamos.

Pero me parece que sí, es una definición válida que nos sirve para pensar este tema por lo menos. Lo mismo que cuando Lacan juega con el neologismo *a mur* –*amour*, amor, amuro, y separa la *a* del *mur*– y entonces dice *a mur*, del otro lado del muro está el *a*; como una imposibilidad de estructura porque si esta imposibilidad no existiera – como decía antes Diana con el tema de la literatura– ¿escribiríamos?, ¿hablaríamos?, ¿qué necesidad tendríamos de decir?, habría un encaje perfecto entre lo que decimos y lo que quisimos decir.

Público: Las palabras y las cosas...

Jorge Cermeño: Exactamente. Imposibilidad de simbólico entonces.

Público: Muy interesantes ambos planteos. Yo estaba pensando en relación a las categorías del amor y en relación a lo que vos decías en el orden de la erótica de la voz, la erótica de la mirada y pensé también una frase: que el amor es invención, es poesía.

En ese sentido pensé que si el amor es poesía, el poema que leíste, la musicalidad de la letra o la musicalidad del discurso, de la palabra, aquella que se inscribe entre letra y significante, que está entre el goce y el significante... si no podemos poner ahí aquello que se escapa permanentemente en ese entramado entre la erótica de la voz y la erótica de la mirada; y en ese sentido es invención, es poesía.

Pessoa decía: “El amor es un pensamiento” y Badiou decía: “Al amor hay que intentarlo y reinventarlo”, en todos los niveles, en la política, en la sociología, en la economía, es decir, abarca todos los niveles.

Esto es lo que me hizo pensar lo que ustedes dijeron, pero también pensaba otra cosa y esta es una pregunta, está en relación a la mística, el amor de los místicos, que cuando se encuentran con el vacío y en su retorno hacen poesía. Quisiera que hablaran un poquito de este tema, muchas gracias.

Público: Las dos disertaciones me gustaron muchísimo, pero todo el tiempo tenía el sentimiento –por lo menos como psicoanalista– que también es el cuerpo, son los sentidos, el sexo, el contacto con el otro. Tenía la impresión como que había mucha poética acerca del amor, y resulta que el amor no es amor si no hay sexo y si no hay complementariedad y no hay contacto...

Entonces me sirve mucho lo que ustedes dicen pero lo siento muy como académico, muy ilustrativo desde el punto de vista ideológico, pero al describirlo con tanta enormidad de palabras se aleja mucho del cuerpo.

Público: Me encantaron las dos ponencias. Una acotación mínima que creo que tiene que ver con esto último sobre la musicalidad de las palabras.

Tanto música –que es puro acorde, pura nota que remite a otra nota, que es significante– como en el campo de la letra con la que se meten los poetas, me parece que allí los poetas y los músicos –que son más audaces que nosotros– se meten con ese fusible del amor.

Me parece que está nombrado el cuerpo, no en forma directa, pero no puede haber lo amoroso si no hay corporal, como en esa madre que le canta al niño, y la voz.

Público: El fragmento de Lispector me hizo pensar en el concepto de lo sublime, que también para relacionarlo con eso que se escapa y que no está representado, ahí pensé que se juntaba.

Y para Jorge –ya que estoy con el micrófono en la mano– me pareció que vos hablabas del concepto de simulacro y quería pedirte que vuelvas sobre eso.

Diana Sperling: Se dijeron muchas cosas, no sé si vamos a poder abarcarlo todo, pero con respecto a lo que vos decías del amor que es poesía... a veces es poesía, a veces es ciencia ficción, a veces es una novela de terror, digamos que están todos los géneros literarios en el espectro amoroso y creo que eso hay que tenerlo muy en cuenta para no crear una imagen romántica, a la manera del mal romanticismo. Es más, creo que en toda relación amorosa intervienen todos esos factores en distintos momentos y a veces uno hace que surja el otro, a veces el horror es consecuencia de un momento de arrobamiento y pura poesía... y de golpe ¡paf!, algo nos da un sopapo terrible, o a la inversa.

¿Por qué las palabras?, vos decías del discurso de la mística –y aquí hay que ir a Scholem, que es un genio en esto– que cuando vuelven de ese supuesto encuentro, esa *unio mystica* que fueron a buscar –yo no sé si se encuentran con el vacío, o con lo real, o con lo imposible– vuelven y necesitan escribir.

Cada uno escribe dentro de las coordenadas de su cultura. Esto es fundamental, esto lo dice Scholem en *La cábala y su simbolismo*, en *Las grandes tendencias de la mística judía*, etc. Es decir no hay un encuentro inmediato con aquello que se va a buscar, si lo ponemos en términos de la mística... y hago un rodeo por Michel de Certeau que en su maravilloso libro *La fábula mística* dice: “El tema de la mística es el cuerpo”, ¿cómo es el cuerpo si somos puro espíritu al encuentro de lo divino?

No, no, qué hacemos con el cuerpo que arde, esos poemas de Sor Juana, de Santa Teresa que son de un erotismo absolutamente fogoso, ahí el cuerpo está jugado en la poesía porque no hay poesía sin cuerpo, no hay tal división.

Entonces cuando uno dice: “de coger ni hablar”, ya está hablando.

Me parece que después de un encuentro amoroso pleno, arrobador, etc., etc., etc., ¿qué hacemos?, vamos a escribir aunque no escribamos en papel... el papel es una antigüedad, en la compu –digo– aunque imaginemos expresiones que den cuenta de ese momento sublime, de ese momento único, como fuera del tiempo y fuera de la realidad, ese acercamiento a lo real, ese rodeo que nos pone en contacto con algo

más allá de uno, donde uno tiene la sensación de que tocó el ser del otro, el alma del otro a través de su cuerpo.

En todo encuentro amoroso hay algo de mística y en toda búsqueda mística hay lo erótico del encuentro amoroso. Creo que son dimensiones que están permanentemente entrecruzándose y que si no fuera así no estaríamos hablando de amor. Pero del amor se habla, aún antes, durante o después del acto sexual.

Jorge Cermeño: Con relación a lo que planteaban hace un rato, no sé si la manera de transmitirlo –a lo mejor– dejó afuera cierta concepción del cuerpo. Pero me parece que también tenemos que pensar diferentes formas de pensar el tema del cuerpo. Cuando recién surgió el tema de los primeros años de vida, los primeros momentos de la existencia donde aparentemente el lenguaje no tiene nada que ver, en realidad yo creo que el lenguaje tiene todo que ver porque –coincido con Diana– en el sentido en que lo pensamos en psicoanálisis, no habría cuerpo erógeno si una madre además de amamantarlo no le demandara algo en ese amamantamiento; dirigirle la palabra al otro, hablar para él es demandar y lo que se demanda es amor, mínimamente, se pueden demandar otras cosas.

Ahora, eso genera una marca que empieza el circuito pulsional en relación a la carencia y la presencia. Pensaba en la fase del estadio del espejo tal como la describe Lacan, si solamente se tratara de un *holding* de la madre o de quien ejerciera su propia función, frente al espejo, con la criatura frente al espejo sin hablarle, sin señalar el lugar donde supuestamente debe constituirse como otro, no habría constitución de la imagen especular; porque la palabra de la madre ahí –o de quien ejerza la función, sabemos que no se trata de la madre biológica– no es ni más ni menos que lo simbólico. Entonces un imaginario sin anclaje en lo simbólico dura tres segundos y genera la muerte.

Diana Sperling: Ayer leí en el diario una noticia que me espantó, de las nuevas maternidades y paternidades con la tecnología: una cuna que activa el mecerse automáticamente con el llanto del bebé, ¿entonces para qué están la madre o el padre que se levantan a las tres de la mañana puteando para hamacar al bebé y hacerlo dormir?

Jorge Cermeño: Yendo en esta línea de lo novedoso de la época les recomiendo a los que no la vieron *Professor Lazhar*, porque creo que es una película que tiene muchísimos guiños, entre ellos tiene muchos guiños sobre el amor, pero la supuesta anécdota que tendría que ver con el tema de la discriminación me parece que también tapa otro gran tema que desarrolla la película que es ¿qué hacemos con esta historia del abuso sexual infantil?, ¿nos transformamos en un robot a distancia, al punto que al niño no lo podemos ni llevar al baño, ni limpiarle la nariz cuando sangra? –que es la escena que marca la película– ¿o tenemos que ir construyendo lentamente otra cosa que no nos lleve al extremo de la más absoluta desafectivización?; eso por un lado.

Y con relación a lo del simulacro que me habían preguntado, a mí me parece que eso va en la línea de la suplencia del amor, el amor como suplencia y además el amor como una construcción, todo lo que tiene que ver con la seducción y el ritual de seducción, que apunta a cautivar al otro. Me parece que eso es un simulacro, es un montaje necesario porque de otra manera no habría mediación entre el otro y yo, con lo cual ¿qué se produciría ahí?, un más allá del amor que no sé cómo definirlo.

Quiero decir que estoy a favor de los rituales, creo que quedó claro, ¿no?

Público: Creo que algo ya dijeron, pero me parece que se podría redundar alrededor de cómo comienza Adela mencionando caer en el amor y la poesía que aparentemente eleva.

Tengo una anécdota de una paciente, que está muy encantada respecto de su nena que está en un Jardín muy amoroso y que eso realmente le está dando la oportunidad de ir aumentando su vocabulario y es un Jardín que se ordena alrededor de la música y de las canciones. Está tan contenta... pero ahora aparecieron piojos que no habían aparecido. En fin, me parece que hay algo ahí... pero vos lo dijiste: ojo que también el amor puede llevar a situaciones horribles.

Pero que hay como un tema entre lo que eleva y lo que implica como caída.

Diana Sperling: Digo una sola cosa para terminar porque ya es tarde y nos tenemos que ir. Me parece que esa es una de las cosas que refleja muy bien *El Banquete* de Platón, con este Eros que sube y baja, que es hijo de la abundancia y de la pobreza, del exceso y de la carencia... y el pobre chico yo siempre digo que está tratando de subir por el palo enjabonado: cuanto más arriba sube más rápido cae. ¿Y eso no es el amor?

Jorge Cermeño: Y con relación a los místicos, cuando leí *Las Moradas* de Santa Teresa de Jesús (yo tengo un trabajo escrito sobre ella donde hago algunas articulaciones con relación al goce de los místicos, no solamente con relación al amor) se me ocurrió pensar que el amor viene por el lado de la escritura, el discurso amoroso viene por el lado de la escritura en los místicos, pero el goce es anterior a esa producción. Con lo cual ahí hay una clara relación entre el goce y el amor, uno como suplencia del otro o uno como causa del otro –es como para pensarlo– pero yo recuerdo que con un amigo jugábamos a cambiarle el título, la llamábamos *Las enamoradas*, en vez de *Las moradas*. (Al revisar el texto de la exposición se me ocurre agregar algo: parece que hoy insiste el tema del cambio de título...)

Adela Costas Antola: Muchísimas gracias Diana, muchísimas gracias Jorge, fue un placer escucharlos... (*aplausos y corte final*).